

LA PRIMERA NOVELA BASADA EN
LA GRAN SAGA DE VIDEOJUEGOS

DISHONORED®

EL HOMBRE CORROÍDO



ADAM CHRISTOPHER

DISHONORED[®]
EL HOMBRE CORROÍDO

ADAM CHRISTOPHER

timun**mas**

Título original: *Dishonored. The Corroded Man*

Primera edición: abril de 2017

© 2016 Bethesda Softworks LLC. Dishonored, Arkane, ZeniMax, Bethesda, Bethesda Softworks y los logos relacionados son marca o marca registrada de ZeniMax Media Inc. en EE.UU. o/y otros países. Todos los derechos reservados

Traducción de Traducciones Imposibles, 2017
Asesores editoriales: Harvey Smith y Paris Nourmohammadi

Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0448-7
Depósito legal: B 6617-2017
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Impresión: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMERA PARTE
La ciudad durmiente

1

EL GOLDEN CAT, BARRIO DE LA DESTILERÍA, DUNWALL

Día 1 del mes de la oscuridad, 1851

«Hay un establecimiento en Dunwall llamado el Golden Cat. Creo que es una casa de baños, aunque algunos dicen que se trata de un burdel.»

—MUJERES DESAPARECIDAS, EL GOLDEN CAT
Pasaje de una historia de crimen y misterio
ambientada en el Golden Cat

Galia Fleet estaba teniendo una buena noche, que era más de lo que podía decirse del zoquete borracho tirado en el callejón trasero del Golden Cat.

Le dio un sorbo a la botella de whisky Old Dunwall y bajó la mirada hacia el... ¿Qué era ese hombre, exactamente? Los bordes de su chaqueta de terciopelo negro estaban bordados con hilo de oro, y minutos antes habían tenido mejor aspecto, pero ahora, mojados y llenos de barro... o lo que fuera aquello en lo que se había desplomado el tipo.

El chaleco, que se había librado de la suciedad del callejón pero que estaba salpicado de vómito, era violeta real intenso. A Galia le recordaba a algo. ¿Significaba el púrpura alguna clase de alto cargo o la engañaba su memoria?

DISHONORED

Se encogió de hombros y le dio otro trago al whisky antes de darle al hombre una patada con la punta de su bota. El imbécil bien podía ser un embajador real de tierras lejanas, aquí eso daba igual. Porque en el Golden Cat no se daban nombres, no se hablaba de cargos ni de la identidad de nadie. Todos eran tan iguales como las monedas que llevaban en el bolsillo.

Galia empujó de nuevo al hombre que rodó como un rollo de lino de los que descargaban de los esquifes de la compañía mercante Horizon. Gimió y balbuceó en la sucia calzada.

Su arma, un bastón con florete oculto que el muy cretino había desenvainado en la casa del placer, yacía en dos piezas junto a la puerta de atrás del Golden Cat. Lástima de florete, pensó Galia. Tenía aspecto de haber sido un objeto de calidad, el accesorio de lujo de un aristócrata, que además servía como arma. Galia se lo habría quedado si no hubiera tenido que partirlo en dos antes de coger al hombre por las solapas del chaleco púrpura y arrojarlo al fango.

El florete habría sido un buen trofeo, un bonito añadido a la colección de armas que ocultaba en su despacho. Ser la jefa de seguridad del Golden Cat le daba mucha libertad con madame Steele, pero incluso ella —hija de la antigua propietaria, madame Prudence— habría cuestionado la armería que Galia mantenía bajo llave y escondida.

Mientras Galia miraba el florete roto, el callejón daba unas agradables vueltas en su mente gracias a que el whisky empezaba a hacerle efecto. Tal vez pudiera llevar el arma a su ayudante, Rinaldo, a ver si podía arreglarlo.

«Olvídalo.» Demasiado trabajo, y no estaba segura de que Rinaldo aprobase su pequeña colección.

El hombre del chaleco púrpura gimió de nuevo, tratando de ponerse de pie, pero lo único que consiguió fue poner el culo en pompa sin poder despegar la cara de la mierda de la calle. Galia sonrió, incapaz de resistir la invitación, y con un suave empujón del pie, el hombre cayó espatarrado.

—A ver si la próxima vez te lo piensas dos veces antes de intentar impresionar a nuestras chicas con tu poderosa espada —dijo Galia, aunque no estaba segura de que el hombre la estuviera escuchando.

EL HOMBRE CORROÍDO

Resoplaba como un Ballenero, sin darse cuenta de que todavía no había conseguido ponerse de pie.

Galia suspiró, en jarras, la alegría del whisky se disipaba y dejaba paso a la fría melancolía.

«¿A esto hemos llegado?», se preguntó. ¿A echar a nobles anónimos del Golden Cat cuando se pasaban de la raya? Solo tenía treinta y cinco años y le gustaba pensar que estaba en buena forma, pero cuando el velo del alcohol caía sobre ella como un sudario, últimamente casi todas las noches, se sentía mucho mayor.

Suspiró de nuevo y le pegó un trago a la botella que sostenía en una mano mientras se pasaba la otra por el pelo corto, rubio y grisiento.

¿Dónde se habían ido los años? ¿Qué fue de los viejos tiempos, cuando era joven y tenía ganas de aventuras y de dinero? Los días en los que llevaba la máscara de su banda y además con orgullo. Los días en los que viajaba junto al líder, haciendo cumplir su voluntad, siguiendo sus órdenes, ayudándole a limpiar la ciudad de cretinos y ganando un buen dinero a cambio.

Al menos eso le había dicho Daud, y ella se lo había creído. Por aquel entonces era una asesina novata de veinte años que lo habría seguido al fin del mundo.

Hubo un momento en el que pareció que le sonreía la suerte. Billie Lurk había desaparecido y Galia nunca había sido tan feliz. Nunca le había caído bien la matona favorita de Daud, y sin ella Galia tuvo la oportunidad de lucirse y demostrarle a Daud de qué estaba hecha, de enseñarle quién merecía realmente ser su mano derecha en lugar de aquella bruta sombría.

Pero entonces él también desapareció.

Muy pronto no quedó ninguno. Thomas se hizo el líder de los Balleneros, o de lo que quedaba de ellos, recogiendo a los rezagados y a los miembros de bandas de poca monta para formar su propio grupo pero...

El hombre del chaleco púrpura suspiró y se cayó de boca contra el suelo del callejón, interrumpiendo los pensamientos de Galia, que se acercó a él y, aunque se lo pensó dos veces, se agachó para ponerlo boca arriba de un empujón. Una cosa era un aristócrata

DISHONORED

borracho y otra un noble muerto que se había ahogado en cinco centímetros de agua enfangada. Al Golden Cat no le gustaba llamar la atención.

Tampoco es que el establecimiento fuera ilegal, ni mucho menos. El Golden Cat formaba parte de la historia de Dunwall, era muy famoso por ser un sitio en el que uno se lo pasaba bien; había teatro de variedades y era la mejor taberna de las Islas. Lo que sucedía entre los parroquianos y las chicas en habitaciones a puerta cerrada no era asunto de nadie.

El hombre tirado en la calle se desmayó y Galia, que estaba preparada para soltarle su discurso estándar y explicarle que ya no era bienvenido en el establecimiento, decidió ahorrar saliva y rematar la botella de Old Dunwall. Quizá fuera mejor así. Se despertaría, avergonzado, e iría a esconderse un par de días hasta que el deseo y la necesidad fueran más fuertes que él y entonces volvería. Cuando lo hiciera, Galia estaría esperándole. Se aseguraría de que le pagase antes de que se produjera ninguna transacción.

Se dio la vuelta y volvió dentro.

Era tarde y la fiesta de la noche se estaba apagando. Alguna carcajada suelta salpicaba el murmullo silencioso en el Golden Cat mientras los parroquianos que quedaban fumaban y bebían y pasaban un buen rato con las chicas. Al atravesar el salón principal, con las paredes festoneadas de espejos con marcos dorados y acres de tapicería y cortinajes rojos, Galia contó a los hombres inconscientes en los distintos muebles de lujo, con las pipas colgando de dedos sin fuerza, la bragueta desabrochada y las carteras mucho más ligeras que antes de que llegaran.

«Así es», pensó. «Así es ahora mi vida.» No era mala, no del todo. Galia era la primera en reconocerlo. «Jefa de seguridad del Golden Cat» sonaba a trabajo cómodo y lo era. Las cosas habían cambiado con los años mientras la ciudad se reconstruía. ¿Cuánto hacía desde que habían drenado y reconstruido el barrio anegado que había vuelto a ser el palpitante corazón financiero del imperio?

Mucho tiempo. Ese era el problema.

El tiempo pasaba pero en el Golden Cat parecía haberse detenido, atrapado en ámbar, para no volver a moverse. El negocio iba bien,

EL HOMBRE CORROÍDO

como siempre. Antes, cuando estaba en los Balleneros, el Golden Cat era... vulgar. La madriguera de los guardias y los oficiales del lord regente, los viajeros provenientes de las otras islas acudían atraídos por las tentaciones del local.

La suerte del Golden Cat había mejorado con la de la ciudad. La Plaga de las Ratas era un recuerdo lejano y se había restaurado la libre circulación de personas en casi todo el imperio. Se restableció el comercio y con él llegaron los viajeros, los extranjeros y los dignatarios. Traían consigo dinero que fluía por Dunwall y llenaba de nuevo las arcas de la corte imperial y de los ciudadanos.

Libres del opresivo yugo del lord regente, la ciudad había resucitado y se había reconstruido y era próspera de nuevo. La prosperidad encontró el camino de vuelta al Golden Cat. El negocio no podía ir mejor.

Sí, la vida marchaba bien y su trabajo era fácil. «Qué alegría. Una maravilla.» Galia levantó la botella vacía de Old Dunwall y la miró con mala cara. Se encaminó a la barra y se metió detrás para extraer una botella sin abrir. Se la llevó consigo mientras desaparecía por una puerta oculta tras una cortina, de vuelta a su despacho.

Era una estancia pequeña, austera, decorada con alfombras, una mesa y una silla, todo viejo y raído, a diferencia de los muebles del salón. Aquí eso daba igual. Tenía todo lo que necesitaba, incluso una ventana que daba a la calle principal.

Sí, así estaban las cosas.

Le pagaban bien por echar a borrachos de un bar.

Añoraba los viejos tiempos, cuando el Golden Cat era... Bueno, tampoco tanto. Nunca había sido peligroso exactamente, sino más bien... interesante. Pero el aburguesamiento se había extendido por Dunwall y había llegado al Golden Cat. La clientela tenía más dinero pero también era más blanda.

«Jefa de seguridad» era mucho decir. Galia era una guerrera bien entrenada pero no solo eso. Galia Fleet era una asesina.

O lo había sido. En pretérito. Hacía mucho, cuando Daud era el líder de los Balleneros.

Se sentó detrás de la mesa, puso los pies encima y empezó a desenroscar el tapón de su nueva botella de whisky.

DISHONORED

Intentó localizarlos pero los Balleneros eran maestros del engaño, expertos en pasar inadvertidos en la ciudad que les debía la libertad gracias al poder que Daud les había permitido compartir.

El único al que había logrado encontrar, Rinaldo, había ido a buscarla a ella. ¿Cuánto hacía de aquello? ¿Cinco...? No, seis años. Había ido al Golden Cat, con sus facciones oscuras ocultas tras la barba, el pelo indomable salpicado de gris y enredado en gruesas trenzas mugrientas. Pero era inconfundible con aquel destello en la mirada, la sonrisa de medio lado y la cicatriz del ojo izquierdo, un eco de otra vida, de una batalla del pasado, una en la que, si mal no recordaba, Galia le había salvado la vida.

Se lo recordaba siempre que tenía ocasión de hacerlo.

¿Se había tomado la molestia de seguirla al Golden Cat para hablar de los viejos tiempos o para disfrutar de los placeres que ofrecía el local sin saber que ella estaba allí? Galia nunca lo supo pero hablaron, bebieron y rieron y, a petición de Galia, la dueña le hizo un descuento especial al ex asesino. A continuación le ofreció trabajo, cosa que él necesitaba y mucho.

Galia y Rinaldo unidos de nuevo para velar por la seguridad de las cortesanas del Golden Cat.

Es posible que Rinaldo no esperase encontrar a Galia trabajando en el Golden Cat, pero le confesó que de vez en cuando le daba por buscar a sus viejos amigos, aunque no había tenido suerte. Algunos habían encontrado trabajo en barcos mercantes, otros en buques balleneros o en las fábricas donde se procesaba el aceite de ballena. Se echaron a reír. Los Balleneros se habían convertido en balleneros. Habían cambiado de oficio pero no de nombre.

El tapón de la botella dejó de resistirse y Galia le dio un largo trago al líquido fiero mientras miraba de reojo la estantería a su derecha. Los estantes, como casi el resto del despacho, estaban vacíos.

Salvo por la máscara de Ballenera, que estaba colocada con orgullo en el centro de la estantería.

Cogiendo polvo.

No pasaba un solo día sin que Galia no deseara que Daud estuviera allí. Hacía muchos años, catorce por lo menos, pensó Galia; fingiendo que no había contado los días uno por uno. Pese al tiempo

EL HOMBRE CORROÍDO

transcurrido, no se le pasaba y empezaba a sentir una agonía ardiente en la mente. La bebida ayudaba, le abotargaba el dolor y los sentidos.

Pero aquella quemazón, aquel dolor, no eran ansias de aventura o de peligro, aunque Galia soñaba con ambos. Su nueva vida era fácil y segura, dos cosas que ella siempre pensó que aborrecería. La vida no tenía encanto cuando uno no temía perderla. Había que luchar por ella, había que arriesgarse, para poder apreciarla de verdad.

Pero la quemazón era más que eso. Se esforzaba por enterrarla en las profundidades de su mente pero en los últimos días había vuelto a ascender a la superficie. Daba igual lo mucho que bebiera o que entrenara. A solas en su apartamento en la planta superior del edificio, intentaba mantenerse en forma aunque lo único que se la arrebatava era el paso del tiempo.

Lo que quería era lo que Daud le había dado, lo que les había dado a todos sus Balleneros.

Galia cerró los ojos y entonces, justo en aquellos instantes, cuando apretaba los párpados y observaba la oscuridad en movimiento y un brillo azul como la superficie de un tanque de aceite de ballena, podía ver el recuerdo y se imaginaba ralentizándolo. El tiempo se detenía una décima de segundo y ella saltaba por los tejados de la ciudad, atravesando un callejón, una calle, persiguiendo a un objetivo desprevenido con la hoja corta en la mano, clavándose hasta la empuñadura en el costado de la víctima sin que esta se percatase siquiera de su presencia.

Eso sí era poder. Era el regalo de Daud. Moverse en un abrir y cerrar de ojos, la geometría del mundo clara como el agua para ella y para los Balleneros. Les permitía una libertad de movimiento inimaginable para la mayoría de personas. Aquella clase de movimiento, el ralentí, era poder.

Al principio no lo echó de menos. Estar libre de la servidumbre debida a Daud era como despertarse en una mañana fría, sobria, viva y alerta. Llena de energía. Tal vez fuera una reacción a haber perdido el regalo de Daud.

Luego fue a peor, se convirtió en un dolor casi físico que primero la llevó a la desesperación y luego la empujó a la bebida. Al principio el trabajo en el Golden Cat era un desahogo, algo nuevo en lo que

DISHONORED

centrarse, pero pronto se convirtió, como todo en la vida, en pura rutina. Algo que se repetía todos los días.

Había tardado años en darse cuenta de lo bajo que había caído. Un día, Galia se despertó y la ciudad parecía distinta y se dio cuenta de que había perdido semanas, meses y años por culpa de la miseria y del dolor, un dolor que había llegado a amar.

Así que lo aceptó con los brazos abiertos. Aprendió a utilizarlo. Empezó a entrenar de nuevo, a volver a la vida de un Ballenero, aunque con otro oficio. El mundo había seguido sin ella y tenía que ponerse al día.

La bebida ayudaba, como siempre, aunque Rinaldo no lo aprobaba. Galia no estaba segura de haberlo visto probar nunca una sola gota...

Oyó un golpe sordo tras la puerta de su despacho, sonaba pesado y a madera con un traqueteo final. Galia parpadeó para salir de su ensimismamiento y ladeó la cabeza para escuchar mejor. Reconoció el sonido. Alguien había abierto la puerta principal con demasiada fuerza.

Otro borracho...

No. El mismo de antes. El zoquete del bastón con florete. Sus amigos lo habrían encontrado y volvían para montar una escena. Los aristócratas jóvenes eran todos iguales. Se creían los dueños del local.

«Bien, si queréis jugar, jugaremos.» Era hora de enseñarles a esos mequetrefes quién mandaba. El linaje, su alta cuna o el dinero que llevaran en el bolsillo no tenían importancia.

Galia arrastró los pies de encima de la mesa y se dirigió a la puerta. Se detuvo un instante a escuchar. Podía oír conversaciones, murmullos. Nada fuera de lo normal.

Se relajó. Lo más probable es que se hubieran ido a casa. Era posible que Rinaldo y los demás guardias de seguridad se hubieran encargado de ellos.

«Mejor.» Se apartó de la puerta y volvió a mirar la botella de Old Dunwall sobre la mesa.

Luego se oyó un estruendo y gritos en el salón. Muchos gritos. La sorpresa la espabiló de golpe. Se dio media vuelta, abrió la puerta del despacho con rapidez y descorrió la cortina que la separaba del salón. Sacó el cuchillo que llevaba en el cinto.

EL HOMBRE CORROÍDO

—¡Por el decano supremo! ¿Qué pasa aquí? —gritó.

El salón era un caos. Las cortesanas y sus clientes, medio borrachos o mucho peor, medio desnudos o mucho peor, corrían a la parte de atrás recogiendo su ropa de prisa y corriendo, subiéndose los velos. Una pareja se escondió detrás de las cortinas de terciopelo, envueltas alrededor de su cuerpo para darles cobijo y protección.

En el centro de la sala estaban Rinaldo y tres de los guardias del Golden Cat, con los cuchillos desenfundados, listos para proteger a los clientes y mantener al visitante a raya.

El visitante no se apartó del umbral de la puerta. Llevaba un gabán oscuro de lana con charreteras rojas y botones de metal. El cuello del gabán estaba tan subido que formaba un aspa negra detrás de su cabeza. Bajo la tela, llevaba el cuello envuelto en una bufanda de piel tejida con la que se cubría la nariz y la boca. La parte superior de su rostro también estaba oculta tras unas lentes rojas tan grandes como los platillos de los juegos de té de Morley. Para rematar aquel estafalario atuendo, llevaba un sombrero negro de ala extremadamente ancha que rozaba la parte superior del cuello subido del gabán. Sus manos estaban enguantadas en gruesos guantes de cuero.

Permaneció en pie, inmóvil, como un maniquí de una casa de moda Drapers Ward.

Rinaldo relajó los hombros y alzó el cuchillo contra el intruso.

—No sé quién eres, amigo, pero esas no son formas de presentarse. O te descubres y nos enseñas la bolsa o te echaremos por la puerta de atrás y nos cobraremos el coste de nuestros servicios.

El intruso no dijo nada. Parecía como si solo estuviera de pie, mirando, pero Galia sabía que estaba examinando la sala y a los que estaban en ella con los ojos ocultos tras las lentes rojas. Tenía los puños apretados y no había forma de saber qué armas escondería tras el inmenso gabán. Estaban en el mes de la oscuridad pero tampoco hacía tanto frío, ni siquiera a las tantas de la noche. No tenía por qué vestir así.

A menos que ocultara algo.

—Es suficiente por... —dijo Galia dando un paso hacia el hombre con el cuchillo por delante, aunque las palabras se le helaron en la garganta cuando el intruso volvió el rostro hacia ella. Le ponía

DISHONORED

nerviosa no poder verlo. De hecho, lo único que podía ver era su reflejo distorsionado en las lentes.

Le miró las manos. No intentaba coger nada y llevaba el abrigo abrochado hasta el cuello. Si escondía algo debajo, no parecía que hubiera modo de sacarlo a gran velocidad.

Galia frunció el ceño, luego señaló con la cabeza al grupo de guardias.

—Rinaldo, muéstrale a nuestro amigo la salida y corta con tu cuchillo las cuerdas de su bolsa.

Rinaldo gruñó como respuesta y dio un paso al frente.

Entonces el intruso volvió a la vida. Levantó el codo con fuerza, hacia atrás y hacia fuera, y golpeó a Rinaldo en el pecho. Rinaldo se tambaleó un instante pero se recuperó en seguida y él y sus hombres corrieron hacia el intruso. También Galia, con el cuchillo directo hacia el cuello envuelto en pieles del hombre.

De repente trastabilló, luego se paró en seco y estuvo a punto de tropezar con Rinaldo y los demás.

El hombre había desaparecido. Se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos.

Los parroquianos del Golden Cat murmuraron asombrados, casi todos seguían agazapados en la parte de atrás del salón. Galia se dio media vuelta, cuchillo en mano, buscándolo, sin poder creerse lo que había visto. Detrás de ella, Rinaldo y los demás se recuperaban y se dispersaban, caminando hacia delante, cada uno de los tres hombres mirando hacia uno de los rincones del salón.

Era imposible. Imposible del todo.

Galia se detuvo.

No, no era imposible. Tal vez improbable, pero lo había visto antes. De hecho, ella misma había sido capaz de hacerlo años atrás.

Antes de que Daud desapareciera, dejándolo todo atrás y llevándose consigo la magia.

—¡Da la cara! —gritó Galia, y los parroquianos lanzaron murmullos de terror. Se oyó un crujido. Galia y los demás se volvieron hacia el lugar del que provenía y vieron que el extraño estaba en la otra punta del salón.

EL HOMBRE CORROÍDO

No, no era el intruso sino su reflejo en el enorme espejo con marco barroco y dorado, uno de los muchos que colgaban de las paredes del salón. Galia se volvió de nuevo, pues su instinto le decía que el extraño estaba detrás de ella.

Pero no lo estaba.

Se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo el reflejo del extraño salía del espejo y entraba en el salón mientras su reflejo se hacía visible detrás de él.

Gala apretó los dientes.

—Bonito truco —dijo—, pero se lo enseñas al público equivocado. —Corrió hacia delante, Rinaldo y los demás tras ella.

Era una noche para disfrutar. Hacía tiempo que no rajaba a un parroquiano.

Pero el intruso era rápido, incluso bajo las pesadas prendas invernales. Bloqueó el ataque de Galia con maestría, parándolo con un brazo y contraatacando con el otro. Rinaldo y los otros dos guardias de seguridad se unieron a la refriega. Juntos, rodearon al forastero. Estaban bien entrenados, listos y dispuestos para pelear.

Igual que el intruso. Era el centro del combate y parecía un derviche. Los picos de la cola de su abrigo dibujaban remolinos mientras él bloqueaba, atacaba y contraatacaba. El cuchillo de Galia, y también el de Rinaldo, le rozaron muchas veces, pero sus afiladas hojas no parecían ser capaces de atravesar la gruesa tela del abrigo.

En un momento cayó uno de los guardias. Un chorro de sangre le manaba de la cara y retrocedió, lo que hizo gritar aún más a los parroquianos. Galia lo vio todo por el rabillo del ojo. Mientras combatía, vio a Rinaldo sonreír al otro lado del extraño. Lo estaba disfrutando tanto como ella. Igual que en los viejos tiempos.

El intruso se tambaleó ante los continuos ataques. Galia aprovechó la ventaja y lo acorraló contra la pared, contra uno de los espejos gigantes.

Se oyó un crujido similar a cuando las botas pisan la nieve.

El hombre ya no estaba.

Una sombra en el rabillo del ojo. Galia se dio la vuelta y vio al hombre saliendo de otro espejo, entre la masa apretujada de parroquianos. Gritaron y se dispersaron, pero el hombre no les hizo el menor caso.

DISHONORED

El último guardia de Galia se lanzó a la carga pero fue derribado casi al instante. Galia notó cómo Rinaldo se tensaba a su lado, alargó el brazo y lo cogió de la camisa.

—No, espera —le dijo.

Los dos se volvieron hacia el intruso que, aparentemente, estaba como si nada, con la bufanda, el sombrero y los anteojos en su sitio. No se movió.

Galia dio un paso hacia delante. Alzó la vista hacia los anteojos, haciendo malabares con el cuchillo, lanzándolo por el mango y recogéndolo otra vez. Luego se lo guardó en la funda del cinto.

—Galia, preciosa... —dijo Rinaldo—, ¿qué estás...?

—Calla, Rinaldo —dijo Galia ladeando la cabeza. Sentía...

La verdad es que se sentía bien. Embriagada pero no por el whisky. Había disfrutado con la pelea, aunque esa no fuera la principal razón por la que trabajaba en seguridad. Lo mejor era que ver al forastero, al intruso, había despertado de nuevo en ella un fuego que creía extinto desde hacía muchos años.

El extraño, que llevaba una vestimenta estrafalaria más apropiada para las nieves de Tyvia que para la ciudad. Que luchaba como un soldado. Que se desplazaba en un abrir y cerrar de ojos, que aparentemente podía viajar a través de los espejos.

No era ralenti, la habilidad de detener el tiempo y recorrer dos puntos, el don que Daud había compartido con los Balleneros.

Pero se le parecía..., y también era un poder.

Miró los ojos rojos del extraño y le entró vértigo, la sensación de estar *cayendo, cayendo, cayendo...*

Vio

a hombres. Muchos hombres, con las cabezas cubiertas con capuchas y los rostros ocultos por grandes máscaras con ojos de cristal; los filtros antigás bailan mientras masacran al enemigo, los Vigilantes Ciudadanos, la patrulla del río Wrenhaven cayendo ante ellos.

Delante, un Ballenero con un abrigo oscuro. Un líder. El mejor de los mejores. El líder la llamó y Galia reconoció la voz.

EL HOMBRE CORROÍDO

Era su voz. Eran sus hombres. Ella era una líder. La mejor entre los mejores.

Entonces Galia la líder se desvaneció en un remolino de nada borrosa, seguida de sus hombres...

Galia se irguió con firmeza sobre sus pies y el salón dejó de moverse. Notaba la quemazón, el dolor, el fuego en su interior. Durante un momento, un segundo, Galia quiso gritar lo que deseaba, expresarle al intruso que quería compartir parte de aquel poder.

Luego la sensación desapareció.

Apretó los labios. Lo sabía. Seguro que sabía quién era aquel hombre y a qué había venido. No era Daud porque era demasiado alto. Claro que de esa guisa..., la ropa..., el poder... Tal vez conociera a Daud.

Tal vez...

—Galia Fleet —dijo el intruso, y Galia ahogó un grito quedo y retrocedió. La voz era fuerte pero suave. Masculina, profunda, atornadora pero... basta. Seca. Habría jurado que sonaba enferma pero se había llevado por delante a cuatro guardias con mucha facilidad.

Abrió la boca pero no pronunció palabra.

—No he venido a pelear contigo, Galia —dijo el foráneo—. He venido a rescatarte.